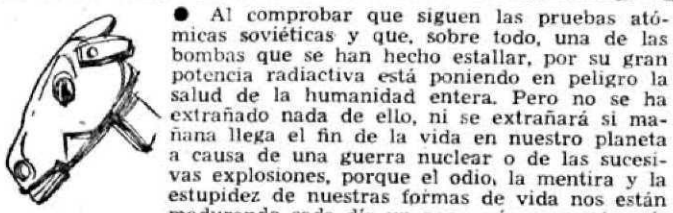


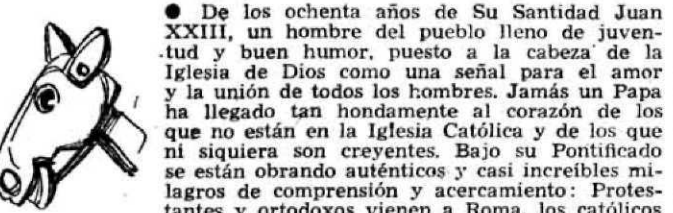
EN ESTA HORA DEL MUNDO

NOS ENTRISTECE



Al comprobar que siguen las pruebas atómicas soviéticas y que, sobre todo, una de las bombas que se han hecho estallar, por su gran potencia radiactiva está poniendo en peligro la salud de la humanidad entera. Pero no se ha extrañado nada de ello, ni se extrañará si mañana llega el fin de la vida en nuestro planeta a causa de una guerra nuclear o de las sucesivas explosiones, porque el odio, la mentira y la estupidez de nuestras formas de vida nos están madurando cada día un poco más para este suicidio. Lo que no comprende bien es cómo los científicos se han apresurado a poner en manos de los políticos sus descubrimientos sobre el átomo. Lamenta muy de veras que tales científicos no hayan sido en este mundo robustos y felices como de mulas. Einstein mismo, aterrorizado ante los desastres causados por las primeras bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, decía: "Si lo hubiera sabido, me hubiera dedicado a cerrajería-hojalatero-quincallero".

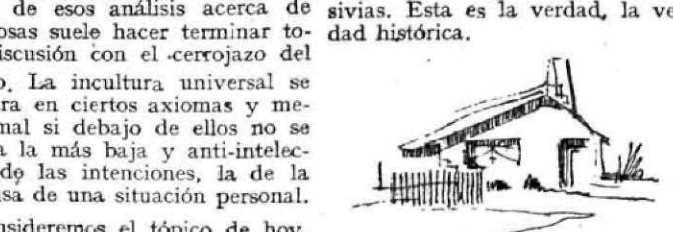
NOS ALEGRA



De los ochenta años de Su Santidad Juan XXIII, un hombre del pueblo lleno de juventud y buen humor, puesto a la cabeza de la Iglesia de Dios como una señal para el amor y la unión de todos los hombres. Jamás un Papa ha llegado tan hondamente al corazón de los que no están en la Iglesia Católica y de los que ni siquiera son creyentes. Bajo su Pontificado se están obrando auténticos y casi increíbles milagros de comprensión y acercamiento: Protestantes y ortodoxos vienen a Roma, los católicos comienzan a despojarse de su frecuente soberbia y están aprendiendo a reconocer su propia culpa en las separaciones de esos protestantes u ortodoxos; los comunistas no encuentran ni una sola catumnia que fuera creíble para echar sobre las espaldas de este Papa, los masones piden que un teólogo católico les hable de Dios en su Logia y los judíos, que se sienten queridos por él como por un padre, le devuelven este amor con admiración y agradecimiento. Los aristócratas se sienten desarmados ante su sencillez y su falta de envaramiento y etiqueta, los intelectuales reciben a diario una lección de modestia encantadora y los hombres del pueblo descubren en él a su igual. Todos reconocen en él la caridad y la dulzura del Cristo misericordioso que sigue entre nosotros y es la esperanza del mundo.

Siempre ha habido pobres y ricos

TOPICOS



Una falsa experiencia

SE llega a esta conclusión absoluta «siempre ha habido» sin distinguir más, porque se parte de una experiencia parcial, corta, la experiencia vital de veinte, cuarenta o cincuenta años, más la heredad de los padres y un grosero conocimiento de la historia. Podemos decir que el defecto consiste en que se toma por absoluto lo que sólo es relativo. Un grave defecto de óptica. Efectivamente, hay que llegar a conclusiones de este tipo por el método experimental, pero el error proviene de establecer una conclusión histórica empleando un método experimental no histórico, sino vital, corte en el tiempo. La historia del hombre no puede reducirse a la vida de un hombre. Hay que desplazar, pues, el punto de vista de lo personal —que no es sino un falso centro de gravedad— a lo histórico. Es necesaria una humanización real en las relaciones del hombre con el hombre, la relación de opresión cambia hacia situaciones menos opresivas. Esta es la verdad, la verdad histórica.

EL CABALLO DE TROYA

LA JUSTICIA corre prisa

Por J. L. Martín Descalzo

DE todos los tópicos típicos de la mentalidad conservadora, el más grave me parece ese que afirma que la justicia hay que lograrla despacio, sin prisas, con calma.



Sucede que el conservador —por muy conservador que sea— comprende que hay cosas que no marchan en el mundo. Nunca llegará a fórmulas muy tajantes, nunca aceptará que sean las mismas estructuras de nuestra sociedad las que están mal construidas. Pero ciertas diferencias, ciertas estridencias de bullo, éstas —por muy conservador que sea— si las ve, y como es buena persona, piensa que esto debe cambiarse. "Esto" llama él a una docena de detalles amargos: las chabolas, ciertas formas más agudas de paro, el trabajo infantil, media docena de cosas más. Pero todo esto ha de lograrse despacio, con calma. Piensa él que toda prisa es revolucionaria, que toda revolución es sangrienta, y que si no se camina con siete millones de caudales, las cosas pueden quedar aún peor.

"sentido del peligro" en norma de su acción. Su objetivo a la hora de andar no es andar, ni siquiera llegar a la meta, sino no caerse. Por eso es amigo de andar un paso y detenerse, como el señor gordo que, subiendo una montaña, se sienta cada dos metros con la disculpa de mirar el paisaje recordado y con la secreta razón de dar un poco de descanso a sus kilos y de felicitarse a sí mismo por lo que ha avanzado. Pero todos sabemos que este señor gordo es de los que nunca llegan a la cima.

El conservador de este tipo —digámoslo de una vez— abunda notablemente en España. Lo está pasando mal ahora, se siente arrinconado por la marcha del mundo, la preocupación social de los jóvenes le asusta, pero le aterra sobre todo el ver que la Iglesia "le ha traicionado". El, que cree haber servido siempre honestamente a la Iglesia, siente como si la Iglesia se le escapase de cía para mañana, si no ve realizarse el pedazo de justicia que tocaba hacer hoy? No se trata —como es lógico— de quemar imprudentemente etapas, pero se trata de no dejar para mañana la etapa que toca correr hoy, se trata de no "andar" lo que nos toca "correr".

las manos. El la quería conservadora como él, y he aquí, de pronto, que la ve incorporada al mundo, nerviosa por cambiar la superficie social de la tierra. ¿Qué hará entonces nuestro conservador? Para batallar con el siglo y la Iglesia no tiene fuerzas. Tampoco tiene deseos de hacerlo, probablemente es sincero a la hora de querer ser católico. Pero ¿tendrá fuerzas para abrirse a las nuevas ideas que siente le desbordan? Entonces el conservador encuentra la solución: Hagamos el cambio (la "evolución" gusta de decir él), pero hagámoslo despacio, pensemos muy largamente las cosas antes de llevarlas a la práctica, preparemos el mundo para el cambio. Una vez que el conservador ha encontrado esta magnífica puerta, ya en-



cuenta justificada su inacción. Entonces concluye que la masa obrera es menor de edad, que no sabe (Sigue en sexta plana)

VIOLENCIA



LA paz, en 1961, acusa un «déficit» alarmante. Los dos grandes bloques juegan al ajedrez, con piezas de cabeza atómica sobre el mapa del mundo. Las revueltas, las guerras parciales, las represiones, los atentados, están a la orden del día. Y la violencia sigue siendo el vehículo de moda para dar «explicaciones» o pedir las. Una violencia que se utiliza con la misma bárbara intensidad que hace mil años, pero con otras armas. Todo esto en una civilización que presume de haber roto las barreras del «non plus ultra» del progreso, la técnica, la cultura, la educación y se jacta de navegar por el ancho mar de los derechos humanos. Sin embargo, ahí está la violencia, en Siria, en Turquía, en Angola, en Cuba, en Túnez, en Argelia, en París, en el Congo... Moscú tiene buena parte de culpa al predicar la doctrina de la violencia. ¿Qué otra cosa enseñan si no esas «Universidades» levanta-

das a la sombra del Kremlin...? Al surgir una nueva nación en el continente africano en medio de convulsiones que hacen correr la sangre, Occidente habla de «los dolores del parto» sin recapacitar antes en los fallos de su sistema de colonización. En algunos regímenes—Cuba—, impera la ley del fusilamiento. Se justifica la violencia como medio único para defender al Estado. Y mientras se producen estas rupturas del orden natural, el mundo va camino de precipitarse hacia la violencia suprema: la guerra nuclear. Junto a este modo salvaje de entender las cosas, India ofreció la contrapartida, cuando Gandhi supo inculcar a su pueblo la necesidad de lograr la independencia por medios lícitos, a través del «sarvodaya», la resistencia pasiva, la no-violencia. Hoy, desde la violencia verbal o esa otra amenaza nuclear que pende sobre nuestras cabezas hasta los últimos atentados, el mundo—afortunadamente no todo—, vive el sobresalto del terrorismo.

La era del «plástico» Francia está conociendo la era del «plástico». Entendámonos, la era de la bomba de «plástico», ese mortífero instrumento de violencia, del tamaño de una pluma estilográfica. La IV y aun la V República, usaron la violencia de la represión contra la violencia de J.F.L.N. Ahora, cuando la guerra sin cuartel parecía periclitada, tras la última buena voluntad del Gobierno francés, surge una tercera fuerza, la «ultra», aparece la organización del Ejército secreto, que no tiene otra forma de actuar que la de la violencia. Una tercera fuerza, que aún titulándose de «derechas», no tiene reparos en colocar «plástico» al paso del presidente

UN PREMIO NOBEL DE LA PAZ

UN RETO LLAMADO LUTHULI

EL Premio de la Paz de 1960 ha sido concedido ahora a Albert Luthuli. Pero como Luthuli no es un gran financiero, ni lo que se llama un gran político, ni un fabricante de cañones, ni un artista de cine, ni un príncipe ocioso, desde el hombre de la calle hasta las agencias informativas de los periódicos se han preguntado: ¿Quién es Luthuli? ¿Qué ha hecho por la paz?

Y Luthuli es solamente un ciudadano de la Unión Sudafricana de raza negra, lo que significa que es un «maldito» condenado a vivir apartado, encarcelado, apaleado, escupido, humillado constantemente por el régimen del doctor Verwoerd. Para comprender bien su obra y su pensamiento es preciso que contemplemos la tierra que él contempla, los hombres con quienes vive, la injusticia que padecen.

signo con la entereza de un profeta: «Si entro los presentes hay quien llamente encontrarse en la cárcel y se arrepiente de lo que le ha acarreado su participación

Ciento veinticuatro millones 186.000 «morgens» de esa tierra (el «morgen» equivale a 85.65 áreas) pertenecen a los 700.000 blancos del país, mientras que 6.025.547 africanos tienen que repartirse 17.518.977 «morgens» de tierras de la peor calidad, y esta carencia de tierra tiene como consecuencia calculada que los negros se vean obligados a ingresar en el mercado de trabajo, en las minas y en las fincas en donde se les amontonará en una especie de campamentos, a los cuales cada industrial, agricultor o ama de casa blanco irá a buscar la porción de siervos negros que le corresponde.

todo caso, a todo negro le está prohibido permanecer en la ciudad después de las siete de la tarde, poseer otras tierras que las que no quieren los blancos, salir al extranjero, adquirir armas, contraer matrimonio con alguien que no sea de su raza e incluso ver películas no toleradas para menores de 16 años o tomar un vaso de vino. Debe poseer un salvoconducto con los datos personales y permisos para residir, como si se tratase del peor criminal y, si no lo posee, puede ser arrestado. Cuando son arrestados, cosa que sucede a diario, los negros son trasladados a las «cárceres rurales» o propiedades de blancos para trabajar en ellas gratuitamente, pero también pueden ser azotados con un «gato de nueve colas» y, desde luego, declarados «comunistas» por un tribunal especial. Cuando mueren o son liquidados, tienen que enterrarse en cementerios para negros solamente. Por todo el país, como una pesadilla, se lee este letrero: «Blancos solamente» o «Negros solamente». El Gobierno fomenta además la rivalidad entre diversas tribus, concediendo a una de ellas las tierras que ya ha concedido a otras, y los «morgens» las gentes «civilizadas» y «superiores» se reúnen en los estadios a contemplar una lucha a muerte entre dos negros. Únicamente en las iglesias cristianas pueden estar juntos blancos y negros, y ello pese a la prohibición del Gobierno, que cada día expulsa a sacerdotes y obispos y cierra capillas y escuelas.



Porque el blanco, por ser blanco, nace «baas» o señor en la Unión Sudafricana, mientras el negro, por ser negro, nace esclavo y, desde la niñez, comienza a notarlo. El niño negro tiene escasas posibilidades de educación y el Gobierno no gasta en ella un céntimo; pero es, sobre todo, cuando el negro llega a la edad de dedicarse a una profesión u oficio cuando se enfrenta con lo duro de su condición. Hay todo un catálogo de oficios cualificados de los que está excluido, y si es obrero no contará con ningún Sindicato que defienda sus derechos. Si es médico o abo-

gado habrá de serlo entre negros, pero no es probable que lo sea todos sus «cosos» médicos. Si es músico no puede abandonar su trabajo, so pena de ser deportado y, en

en el Congreso, que se separe de nuestro círculo. Sólo aquellos que están dispuestos a proseguir la lucha pueden cantar «Mayibuyes» (el canto del Congreso «Reforma África»). Y todos cantaron. El capitán Gawe comenzó a rezar. Y es que la «guerra» de Luthuli se hace rezando y cantando. Repetidas veces ha dicho cuánta compasión le causan sus mismos perseguidores y todas sus palabras han sido para invitar a la moderación, al trabajo, a la gracia a la lucha pacífica contra la injusticia hasta destruirla. Cuando su mujer ha recibido la noticia de la concesión del Nobel, Luthuli estaba al campo a recoger caña como cualquier otro trabajador o condenado político. Esto es, estaba en su puesto. Estaba en su puesto como africano, porque el trabajo es para el africano el centro de su vida, una acción sagrada que se rodea de cantos, oración y movimientos ritmicos de carácter religioso. Y estaba en su puesto como cristiano, porque Luthuli sabe que para un cristiano la cárcel o la muerte o el destierro por defender la justicia es un lugar natural. Toda su vida es un reto a la injusticia y a ser fiel a la conciencia cristiana, y me parece que la mejor de sus palabras es aquella arenga de la cárcel antes citada: «Si alguien se arrepiente de lo que acarrea su participación en la fe de Cristo, si se arrepiente de que tenga que amar al enemigo, si se arrepiente de que pueda preferir siempre la paz y de no poder dormir hasta instaurar la justicia, ese tal puede retirarse del número de los cristianos, de aquellos que quieren obrar la paz y que por eso fueron llamados bienaventurados». Los jueces del Nobel han tenido un instante clemente: frente a todos los «síes» y las injusticias solamente con Luthuli puede construirse la paz: con el amor y el sufrimiento, que no es la pasividad de los cobardes, ni la cobardía de quienes, apretando un botón, hacen la vida de los enemigos, pero no la industria.